

## COMUNIDAD Y ESPIRITU COMUNITARIO

por

GERMÁN ALVAREZ DE SOTOMAYOR.

Por mandato divino la vida del hombre en la Tierra ha de transcurrir y realizarse, únicamente, en sociedad con los otros hombres, hijos todos de Dios, para cumplir la finalidad personal trascendente de salvar el alma y que ésta se reintegre al Padre y pueda gozar eternamente de Su presencia y de su conocimiento.

No se sonrían los ateos ni los débiles con esa pobre y triste sonrisa que tan bien conocemos porque, una vez más, se insiste aquí en llamar cada cosa por su nombre y porque, gracias a nuestra fe, podemos librarnos de caer en el pueril o frívolo subterfugio de atribuirlo todo a leyes exclusivamente físicas de la materia y la energía y de señalar como finalidad de la especie humana el "punto omega" de su evolución y desarrollo, como si, así, nuestro pequeño orgullo humano pudiera quedar a salvo de la mortificación que supone el reconocimiento del Ser y, al mismo tiempo, la aceptación de la incapacidad de nuestra razón para entenderlo todo y dominarlo todo.

Parecía obligado partir de este concepto fundamental del encuadre o ámbito de la vida humana, formulado de acuerdo con la ortodoxia cristiana, en el punto y hora en que nos encontramos aquí reunidos un grupo de católicos, convocados, especialmente, para tratar de nuestros deberes y de la forma de cumplirlos en esta sociedad de nuestros días. Recordad que el lema de esta convocatoria ha sido "Puntos básicos para una acción de los seculares".

En la iniciación de esta tarea, uno de los trabajos principales, si no el principal, ha de ser el conocimiento de nuestra sociedad y la estimación de las líneas y factores que condicionan la evolución de sus estructuras y el ritmo de esta evolución. La realización de este trabajo es tan urgente y tan importante como difícil. Sólo se alcanzará un resultado satisfactorio al cabo de mucho tiempo y con el esfuerzo de un grupo de hombres con vocación y bien preparados. Lo que de mí vais a oír, solamente

pretende ser un leve esbozo del desarrollo y profundidad que es posible dar al trabajo de conocimiento de nuestra sociedad y de la elección de los métodos de acción a emplear para que de ella se alejen los males que impiden o dificultan el que las vidas humanas personales se ordenen al cumplimiento de su fin trascendente y sobrenatural.

—He aquí el problema y nuestro trabajo:

¿Qué es la sociedad? ¿Cómo está constituida?

Si, como parece evidente, se encuentra en permanente transformación, ¿existe una ley que la regule?, ¿hay una ley natural?

Si dicha ley, por una parte, es negada o desfigurada y, por otra parte, no puede sernos total ni fácilmente conocida, ¿cómo puede el católico, en concurrencia con quienes no lo son, o con indiferentes, influir en la vida y en la perfección de la Sociedad?

Excede de nuestro propósito el intentar dar respuesta a estas cuestiones en este momento, teniendo en cuenta los fines de esta reunión. Solamente voy a expresar algunas ideas, sugeridas por estos temas, a modo de anticipación intuitiva de la labor sistemática que será preciso realizar.

De la Sociedad —así, en general, y hasta de una sociedad concreta y particular— sabemos que es, en primer lugar, un conjunto de hombres o, mejor, de vidas humanas, ligadas en un momento dado por un destino común. Pero estos hombres, estas vidas, no se encuentran simplemente instalados, sin más, en la Sociedad, sino que, de forma mucho más ostensible y sensible, se encuentran instalados en otros grupos menores con límites no siempre fijos e inmóviles.

Vemos, incluso, que la instalación de los hombres en tales grupos o unidades inferiores es, casi siempre, múltiple, por pertenecer simultáneamente cada hombre a varios de tales grupos o unidades. Pero lo más curioso y extraordinario es que la intensidad y firmeza de los vínculos que mantienen a cada hombre unido a los grupos o comunidades a los que simultáneamente pertenece, varían según las circunstancias y exigencias vitales, intensificándose momentáneamente la firmeza de unos vínculos en detrimento de la de otros.

Así, un hombre que es vasco, que es oficial de un Regimiento y que mantiene estrechas relaciones de afecto y de responsabilidad con su familia, nos dirá que según los momentos de su vida, ha sido uno u otro de sus vínculos —patria grande, patria chica, profesión y familia— el más firme mientras los restantes se debilitaban.

Resulta, además, que las comunidades de rango inferior y

primario —las más naturales—, la familiar, la de vecindad, la de oficio o profesión, son las que más permanentemente y más fuertemente vinculan a los hombres, en tanto que sólo circunstancialmente la vinculación a la comunidad superior —sociedad nacional o estado— llega a anteponerse a los otros vínculos. Pero, aun así, sólo ocurre esto de un modo manifiesto a una minoría de hombres, los más aptos para comprender las necesidades colectivas y para acomodar su conveniencia a la general.

Si tratamos de clasificar y enumerar según su naturaleza constitutiva, desde las más naturales y espontáneas hasta las de creación jurídica, todas las posibles comunidades “de base” a las cuales aparecen vinculados los hombres nos encontraríamos con una relación copiosísima, partiendo de la célula o comunidad matriz, que es la familia. A título de ejemplo podríamos mencionar, de tal relación, algunos tipos de comunidades:

Una comunidad religiosa; la que constituye en un país una fracción o minoría racial o religiosa; una comunidad vecinal; otra de propietarios o de regantes; la comunidad de jefes y oficiales de un Regimiento o de una guarnición; las comunidades naturales de los hombres de la mar, del comercio o de la nobleza de una región o de una ciudad... Y aparte de estas comunidades más naturales, con o sin límites precisos, podríamos mencionar aquellas asociaciones o “sociedades” con estatutos jurídicos constitutivos creadas para su dedicación a fines culturales, económicos, profesionales, políticos y hasta deportivos.

Si a esta diversidad de comunidades y de formas tan distintas de agrupación y vinculación de los hombres agregamos la muy variable intensidad y firmeza de los vínculos respectivos o, al menos, la muy distinta manera de influir cada uno de esos vínculos en la conducta y decisión de cada hombre, según una serie de circunstancias, empezaremos a comprender la complejidad casi inextricable de la sociedad actual. Pero no se piense que tal complejidad puede reducirse desvinculando cada vez más al hombre de las múltiples y, a veces, muy pequeñas comunidades “de base”, para obtener como resultado una progresiva y directa vinculación del hombre a la gran sociedad nacional o a la sociedad-estado cuyo manejo parece mucho más simple, sobre todo si hemos podido convertir en una abstracción ideológica lo que era y deberá seguir siendo un conjunto palpitante formado de muchas células y órganos llenos de vida.

No importa que en el transcurso de los tiempos, estas comunidades “de base” sufran mutaciones inevitables, experimentando cambios en su naturaleza constitutiva y en los contornos

que las definen y limitan. No importa que, incluso, algunas desaparezcan en tanto que otras aumenten. Lo que importa es que los hombres puedan crear o encontrar múltiples comunidades y agrupaciones en las cuales instalarse y donde puedan sentirse vinculados a los restantes miembros de esas comunidades para la consecución en común de análogos fines personales. Pero esta vinculación debe tener para cada hombre el carácter de una prestación mutua (derecho-deber) libremente consentida. No debe ser única ni rígida, puesto que el sentimiento de haber alcanzado una positiva libertad personal y social sólo se posee mediante la experiencia de disponer de más de una opción en el momento de su instalación en una u otra comunidad.

Nuestra afirmación, por tanto, es ésta:

Una gran sociedad nacional o política es sana y viable solamente cuando sabe cimentar su vida en numerosas y vivaces comunidades naturales o jurídicas cuyos hombres, probados en el mando y en la obediencia y expertos en la resolución de los problemas reales y concretos de sus propias comunidades, son los que saben crear y defender las instituciones necesarias a la vida de la sociedad superior. Por el contrario, cuando una gran sociedad nacional o política ignora o menosprecia la vida y las razones de sus comunidades "de base", es que no ha encontrado los hombres que saben y merecen gobernarla y, en consecuencia, tal sociedad o nación vive en precario, se esteriliza o desaparece.

Una sociedad nacional o política cuyos cuadros dirigentes no se esfuerzan, ante todo, en cuidar la salud y la libertad de sus comunidades y agrupaciones "de base", y antes bien, les parezca incómoda y perturbadora esta vitalidad de los grupos naturales inferiores, es una sociedad que caminará rápidamente hacia una funesta sustitución de su posible y mejor destino real por una finalidad "prefabricada", utópicamente idealista. El contraste entre lo real y posible, de un lado, y el "ideologismo" fanático, del otro, producen siempre luchas estériles, daños a la vida humana e incluso retrasos graves en el tan esperado y prometido desarrollo de la sociedad.

En el mundo moderno podemos contemplar ya el avance arrollador de las ideologías que, encubriéndose bajo una apariencia humanista, van dejando desarmado al hombre frente a la sociedad gigante en la que el sistema de mando y los cuadros habrán de ser tan duros e implacables como sea preciso, para afirmarse sobre una humanidad a la que se negará el derecho a ser como Dios la creó.

Este avance arrollador de las manifestaciones totalitarias se ha

logrado, en buena parte, merced al tenaz trabajo de desgaste y de descrédito de los valores éticos e intelectuales que constituían el entramado resistente de la sociedad cristiana occidental. El ataque más sistemático lo sufrieron las virtudes humanas. La lealtad, la bondad, la obediencia, la caridad... se convirtieron en palabras que, al ser escuchadas, incitaban a la sonrisa a los "avidosos", para quienes tales conceptos eran sinónimos de actitudes ridículas o hipócritas.

Por este camino de crítica ácida y sañuda, con la que jamás se pretendió cortar abusos —por otra parte, frecuentes—, sino destruir las raíces de la sociedad, se llegó al debilitamiento de los vínculos que ligaban los hombres a la familia, a la vecindad, al oficio, a la empresa, a la patria, etc... La Libertad —así, con mayúscula— adquirió el sentido de "libertad del carnero para abandonar el rebaño"; "libertad de cualquiera para tomar pronto lo que más desea aunque debiera emplear mucho tiempo y esfuerzo en lograrlo"; "libertad para pensar y vivir sin prejuicios".

Este concepto de la Libertad ampliamente difundido produjo entre las gentes la invasión del "individualismo" que, exacerbado en muchas zonas de la sociedad, trajo como consecuencia la insularidad de los grupos y de las clases y la ruptura de todo orden social profundo. En este clima social nacieron inevitablemente, como consecuencias lógicas, el socialismo marxista y el capitalismo.

Ambos movimientos han podido avanzar y desarrollarse en forma prácticamente monstruosa, y en un futuro inmediato es mucho más probable que veamos su integración que no la destrucción o aniquilamiento de uno de ellos por el otro.

Resumiendo, diremos que la aceptación de un concepto demasiado humano y naturalista de la libertad sin referencia alguna a la Verdad y al Bien que tan sólo radican en la divinidad, ha desatado el torrente incontenible de las fuerzas ciegas que nos traen el Estado-Leviathan en el que el hombre, la vida humana, quedarán reducidos, muy probablemente, a meros esclavos de una gran maquinaria. Y todo esto porque los buenos, los fuertes, sintieron en algún momento vergüenza de serlo, acusados maliciosa e irónicamente por esos otros hombres —tan reales y de carne y hueso como los primeros— que tomaron el partido del Diablo.

Pues bien, por otro camino, esta "minimización" de las virtudes humanas produjo, como ya se ha dicho, el debilitamiento de los vínculos entre los hombres y las comunidades naturales,

que a su vez han comenzado a decaer al fallar entre los hombres el *espíritu comunitario*.

Este espíritu comunitario es la consciencia de un fin común y de la necesidad de servirlo. Es la consciencia del honor personal ligado al bien y al honor de la comunidad. Es la consciencia y la aceptación de unos valores jerárquicos que han de ser servidos tanto al mandar como al obedecer. Este espíritu comunitario requiere, por tanto, indispensablemente, para mantenerse y para mantener la vida y la salud de la comunidad, el cultivo constante de las virtudes humanas con voluntad de perfección personal y una actitud firme frente a todo propósito de abrir brecha con la ironía y la malicia. Porque, al fin, este espíritu comunitario no puede ser otra cosa que el ejercicio de las virtudes humanas esenciales que difícilmente puede asentarse con seguridad fuera del terreno firme que ofrecen la Fe y el magisterio de la Iglesia.

Nuestra última afirmación, en este acto y ante vosotros, es ésta:

Hemos de encontrar el camino que nos conduzca a la restitución del culto y del ejercicio de las Virtudes humanas, sin el cual es imposible la conservación del *espíritu comunitario* y será inevitable la desaparición una tras otra de todas las comunidades y agrupaciones vivas y autónomas a las que los hombres pueden sentirse ligados más espontáneamente que a la gran Sociedad Política o Estatal. Afirmamos que en esas comunidades de base, o "cuerpos intermedios", es donde mejor puede el hombre ejercitar su libertad, adquirir responsabilidad y satisfacerse prestando su servicio con amor a sus prójimos.

O encontramos este camino o caeremos pronto prisioneros de la gran máquina o aparato del Poder omnímodo y centralizado, sin otras perspectivas que el cumplimiento inexorable de los actos económicamente productivos que nos hayan corespondido en la "programación" y de aquellos otros de tipo cultural o fisiológico que nos sean indicados o permitidos.